

VEGETTA777

WILLYREX

WIGETTA

EL EFECTO
MARIPOSA



VEGETTA777 WILLYREX

WIGETTA

**EL EFECTO
MARIPOSA**



m̄r

ÍNDICE

- 8 Introducción. Doble sueño
- 12 Un extraño encuentro
- 28 El misterio venido de... ¿dónde?
- 48 Un rey sin corona
- 68 Una batalla medieval
- 90 En un lugar desconocido
- 108 La profecía de los caballeros perdidos
- 126 En apuros
- 144 Media vuelta a la Edad Media
- 166 Hacia el futuro
- 190 Efecto mariposa... a tope
- 212 Un regreso accidentado



UN EXTRAÑO ENCUENTRO

Como había dicho Trotuman, el tiempo era espléndido, lucía el sol, los pajaritos cantaban, todo era fantástico. Los campos alrededor de Pueblo resplandecían, cubiertos de flores. Los árboles ya tenían frutas y pronto



estarían maduras. Trotuman no paraba de relamerse pensando en hincarle el diente a alguna. Y Vakypandy también, aunque no dijera nada. Vegetta y Willy disfrutaban del momento y no les venía mal después de la mala noche que habían pasado. Pero ¿quién piensa en demonios cuando la naturaleza te sonríe alrededor? En fin, que el mundo era maravilloso, como de cuento.

La única nota desafinada era la cháchara de Trotuman y Vakypandy, que no paraban de discutir sobre caballeros medievales.

—Te digo que el rey Arturo se hacía... pues eso, rey, sacando una espada que había clavada en una piedra
—insistía Trotuman por octava vez.



—Qué tontería —le respondía Vakypandy—.

**¿Y quién va a clavar
una espada en una piedra?**

¿Y para qué?

—Es una leyenda.

La espada se llamaba Excálibur...

—¿Tenía nombre la espada? —preguntó Vegetta medio en broma, pues conocía de sobra la historia.

—¡Claro! Era algo muy habitual entonces —respondió Trotuman, al que le encantaban las leyendas medievales—. Pero lo más importante es que se trataba de una espada mágica. La había creado un hada, la Dama del Lago. Y fue ella quien la clavó en la piedra y predijo que aquel que fuera capaz de sacarla de ahí se convertiría en rey de Inglaterra.

—De Gran Bretaña —intervino entonces Willy—. Eso ocurrió hace muchos siglos y aún no se llamaba Inglaterra.

—¡Bah, detalles! —protestó Trotuman.

—Pues es una forma un poco tonta de elegir a un rey, ¿no? —se burló Vakypandy.

—¡Es que era cosa de magia!

Solo un caballero de corazón noble podía sacar la espada. Los demás, por mucho que se esforzaran,

no podrían moverla ni medio milímetro. ¿A que es alucinante?

—Más bien resulta increíble.

—Pues fue verdad. Y el único que pudo sacar la espada fue Arturo. Ya me lo imagino: debía de ser un tío extraordinario, fuertote, con una barba muy larga...

—No sé, no sé —siguió Vakypandy pinchando a su amigo—. A mí eso de la espada y la piedra me suena raro.

—Pues si eso no te gusta —continuó con la historia Trotuman, poniendo cara de hacerse el interesante—, que sepas que Excálibur también atravesaba un yunque de hierro antes de hundirse en la piedra.

—¿Un yunque también? Tu Dama del Lago sí que debía de ser una tía forzuda y...

De pronto todos callaron. Habían escuchado algo, un ruido similar a un quejido, muy bajito, pero claro.

—**¿Qué ha sido eso?**

—preguntó Willy, alerta.

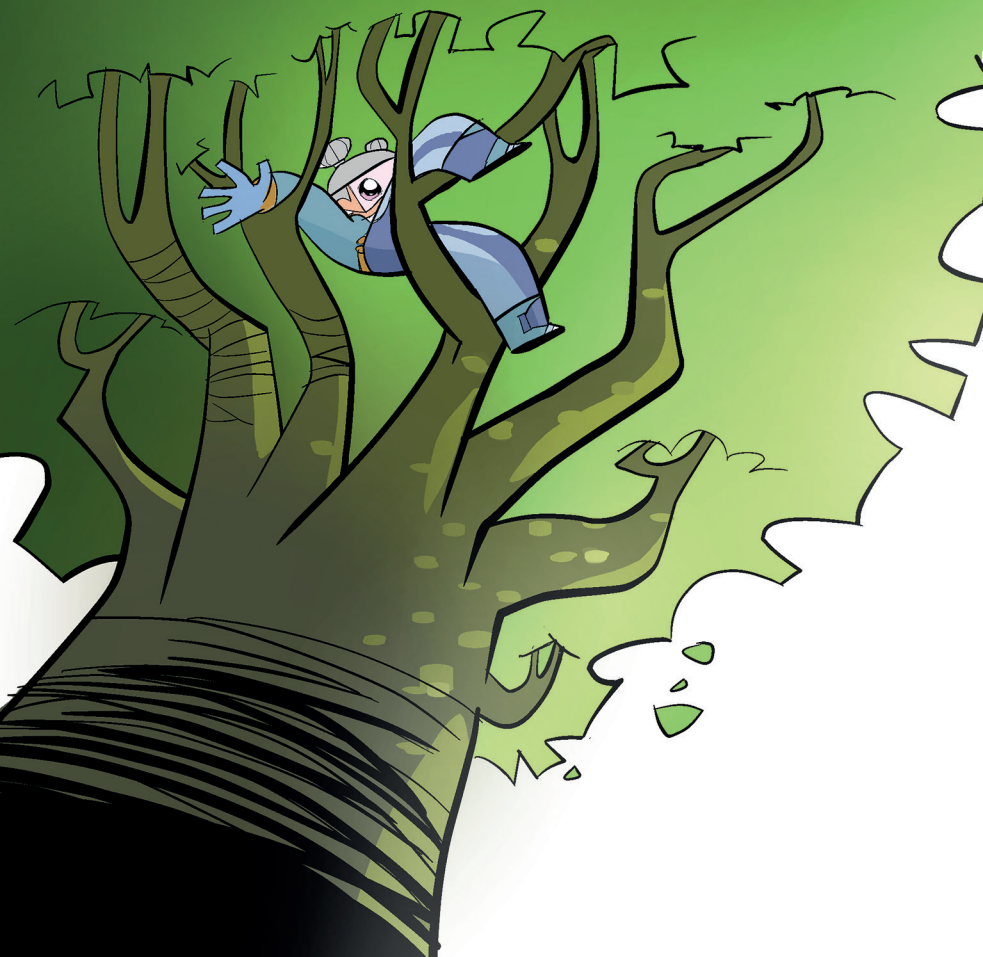
—Es como si alguien estuviera herido —respondió Vegetta, mirando a un lado y a otro sin ver a nadie—. Pero no sé quién puede...

—Yo tampoco veo... —se interrumpió Willy, que seguía escuchando el gemido y miraba a izquierda y derecha

sin encontrar su origen—. Lo estáis oyendo también, ¿no? ¿Dónde está?

—Es que estáis buscando en la dirección equivocada —advirtió entonces Vakypandy, señalando hacia arriba con la cabeza.

Todos miraron hacia lo alto y, allí mismo, en la copa de un árbol, vieron a una chica atrapada entre el ramaje. Y no era una chica cualquiera.



Vestía de un modo muy extraño: lo que más llamaba la atención era su ropa, que parecía una especie de uniforme. Se trataba de un mono plateado de aspecto futurista, con cinturón y botas. A primera vista se podía pensar que era la tripulante de una nave espacial salida de una película. ¿Se habría caído de un plato volador? Poco probable, aunque tampoco era el momento de buscar respuestas, sino más bien de actuar.

—**Hay que bajarla de ahí,
vamos**

—dijo rápidamente Willy.

—Eso sin dudarlo —respondió Vegetta mientras comenzaba a trepar por el tronco del árbol. Bueno, a intentarlo, porque resbalaba—. Esto no va a ser fácil.

¿Cómo diablos habrá subido hasta ahí?

—**¿Y para qué?**

El tronco era muy grueso y demasiado liso. Y las ramas más bajas quedaban fuera del alcance tanto de Willy como de Vegetta.

—Saltando no vamos a llegar —terminó admitiendo este último—.

**¿Y si uno se sube a hombros del otro,
Willy?**

—Buena idea, vamos.

De inmediato los dos amigos se agacharon ligeramente para ayudar al otro a subir. Al hacerlo a la vez, tenían una pinta muy graciosa.

—Poneos de acuerdo —dijo Vakypandy, aguantando la risa.

—Anda que si os vierais... —Trotuman no disimuló la gracia que le hacía la situación.

—Venga, lo echamos a suertes —propuso Willy.

—Piedra, papel o tij... —empezó a decir Vegetta, pero no le dio tiempo a terminar.

—**¡Cuidado!**
—exclamó Trotuman.

La chica, que parecía aturdida, hizo un gesto repentino en lo alto del árbol. Daba la sensación de que sus movimientos eran un poco torpes, como si le costara coordinarlos. Quizá se había mareado al subir o se había golpeado con una rama. Fuera lo que fuera, estaba claro que más le valía esperar a que le dieran una mano para bajar.

—**¡Aguarda, no te muevas!**
—le gritó Vegetta desde abajo—. Vamos a subir a ayudarte.

La chica lo miró con cara rara, como si no entendiera lo que le estaban diciendo.

—**NO N3C351TO 4YUD4**

—dijo de pronto.

—**¿Cómo?**

—preguntó Willy, que no había entendido nada.

—**Debe de ser extranjera**

—observó Trotuman.

—Eres un genio, amigo mío —se mofó Vakypandy—.

Pero ese idioma... no se parece a nada que haya oído en mi vida.

—Hay muchos idiomas, a saber de dónde viene —observó Vegetta.

—Bueno, lo que está claro es que así parados no hacemos nada —intervino Willy—. Y la verdad es que este árbol es demasiado alto para trepar, incluso subiendo uno encima del otro. Mejor vamos a buscar una escalera.

—Si hace falta una escalera... —observó Vegetta—,

¿cómo ha subido ella?

—Quizás es una gimnasta —aventuró Vakypandy—.

Es gente muy ágil.

—No sé yo qué decirte —dijo entonces Willy—. Por cómo se mueve, no creo que sea precisamente gimnasta.

¡Atención!

La chica intentó bajar del árbol por sus propios medios y, de nuevo, sus movimientos resultaron de lo más irregulares. Al intentar agarrarse a una rama más baja, calculó mal, perdió el equilibrio, y comenzó a caer.

Tanto Vegetta como Willy se pusieron debajo, listos para amortiguar su caída. Pero de momento no hacía falta: las ramas del árbol se ocupaban de ir frenándola: primero cayó sobre una, rebotó y descendió de golpe hasta la siguiente. Pero esta no aguantó el peso y se partió...

—**¡Se va a matar!**

—exclamó Willy, aterrado.

—Rápido, agarrémonos de las manos —le gritó Vegetta—.

¡La detendremos entre los dos!

Los dos amigos, frente a frente, se agarraron uno al otro de ambas manos y se colocaron justo debajo de donde se encontraba la chica, que caía cada vez más rápido. Daba miedo verla, rebotando como una pelota de una rama a la siguiente mientras el suelo se le acercaba peligrosamente. En cuestión de segundos apenas una última rama, más bien fina, la separaba de la caída total. Y esa rama... no aguantó.

—**¡Atento, Vegetta!**

—dijo Willy—.

¡Fuerza!

No hacía falta avisar. Vegetta y Willy tensaron sus músculos tanto como pudieron, listos para recibir el peso de la chica, que ya caía directamente hacia ellos desde al menos cinco metros. Una altura suficiente para romperse varios huesos.



El impacto fue brutal, pero los dos amigos aguantaron con decisión y lograron amortiguar el golpe con sus brazos unidos. Lo que no pudieron impedir fue acabar rodando por el suelo. El choque había sido tremendo y por un instante las mascotas pensaron que tanto la chica como Willy y Vegetta se habían roto todos los huesos.



Pero no. Aunque estaban cubiertos de polvo, todos se encontraban bien. Más o menos bien.

—**¡Vaya tortazo!**

—protestó Willy, dolorido por el golpe.

—Me duele todo —admitió Vegetta—. ¿Quién dijo que el ejercicio era bueno?

—**¿Cómo está la chica?**

—preguntó Willy.

—Parece estar bien —contestó Vakypany, que había sido la primera en acercarse—. Aunque...

La chica miraba a un lado y a otro como si no supiera dónde estaba. Ahora que podían verla de cerca comprobaron que era bastante joven. Y también muy guapa. Al menos eso le pareció a Trotuman, que por alguna razón desconocida no podía dejar de mirarla con mucha atención.

—**¿QU3 LUG4R 35 35T3?**

—preguntó entonces la joven. Bueno, al menos parecía un tono de pregunta.

—Sigue hablando en klingon —bromeó Trotuman—. Yo creo que viene de otro planeta.

—Pues... ahora que lo dices,

¿os habéis fijado en una cosa?

—preguntó Vegetta.

—¿El qué?

—Su ropa: está reluciente. Debería estar cubierta de polvo, como la nuestra. Pero no.

—Es cierto —admitió Willy—.

¿Y qué es eso que lleva en la mano?



Al hacer esta pregunta, Willy señaló un extraño objeto que la chica portaba en la mano derecha. El gesto de Willy fue amistoso, pero ella lo interpretó mal. Creyendo que aquel desconocido quería robarle el aparato, se apartó con brusquedad y, al hacerlo, se golpeó la cabeza contra el tronco del árbol.

—¡Qué golpe!
Ha sonado a hueco

—observó Vakypandy.

—No hagas bromas —protestó Trotuman—. Pobrecilla, se ha debido de hacer daño.

Pues algo de razón tenía la mascota de Willy. La chica misteriosa se llevó la mano al lugar donde se había golpeado y, a continuación, perdió el conocimiento. El misterioso aparato se le cayó de la mano y rodó por el suelo. Era del tamaño de un control remoto y se le parecía bastante: rectangular, negro, con botoncitos... Trotuman se acercó a recogerlo, pero Willy se interpuso.

—¡Espera,
no lo toques!

—exclamó—. No sabemos lo que es.

Y si esta chica ha tenido miedo de que se lo quitáramos, será por algo.

—Estoy de acuerdo —observó Vegetta—. Creo que lo mejor será llevar a la chica al médico. Y el aparato a Ray, a ver si sabe lo que es.

—Buena idea —admitió Willy—. De paso, tal vez alguien en Pueblo conozca su idioma.

Tras decir esto, Willy se inclinó para alzar a la chica en brazos, pero esta vez fue Trotuman quien se interpuso.

—**¡Yo la llevo!**

—Pero si es tres veces más grande que tú.



—Bueno, no será la primera vez que me toca cargar.
Es que soy un caballero.

—Como quieras. Por suerte no estamos muy lejos.
Si te cansas, me lo dices.

Trotuman echó a andar como si no hubiera oído la última frase. Mientras, Vegetta se guardó con cuidado el aparato en un bolsillo del chaleco y los cuatro amigos emprendieron el camino de vuelta a Pueblo. Trotuman tuvo que admitir que quizá no había sido buena idea llevar a la chica él solo, pero, por otra parte..., no sabía qué era, pero algo en su interior le producía unas extrañas cosquillitas. Vakypandy, que marchaba a su lado, no pudo evitar una sonrisa que tanto Vegetta como Willy no tuvieron problema en interpretar.

El misterio de la chica quedó de lado por un momento ante la evidencia de que...

¡TROTUMAN SE HABÍA ENAMORADO!